

ción como ante el más raro y grandioso espectáculo que el arte humano pueda ofrecer á la mirada.

Pero pronto es la Cúpula lo que atrae y conserva toda la atención por su inefable armonía, por el irresistible poder de sus proporciones y por la magnificencia de su fachada.

Es una basílica del siglo XI, de estilo toscano, toda de mármol blanco con incrustaciones negras y de color. No se siente, en presencia de esta perfección de la arquitectura romano-italiana, el asombro que imponen al alma ciertas catedrales góticas por su elevación atrevida, por la elegancia de sus torres y campanarios; por el encaje de piedra que las envuelve y por la gigante desproporción de su altura respecto de la base.

Pero permanece uno tan sorprendido y cautivado por las irreprochables proporciones, por el encanto intraducible de las líneas, de las formas y de la fachada adornada abajo con pilastras unidas por arca-das, y arriba con cuatro galerías de columnitas más pequeñas de piso en piso, que la seducción de este monumento queda en nosotros como la de un poema admirable, como una emoción nuevamente descubierta.

De nada sirve el describir estas cosas, hay que verlas, y verlas bajo su cielo, bajo aquel cielo clásico, ie un azul especial, donde las nubes, lentas y agrupadas en el horizonte, en plateadas masas, parecen copiadas por la naturaleza sobre los cuadros de los pintores toscanos. Estos artistas eran realistas impregnados de la atmósfera italiana; y aquellos que los han imitado bajo el sol de Francia son únicamente falsos obreros del arte.

Detrás de la catedral, la pequeña torre, eternamente inclinada como si estuviera para caerse, molesta irónicamente el sentido del equilibrio que llevamos en nosotros, y enfrente de ella el Baptisterio redondea su alta cúpula cómica ante la puerta del Campo Santo.

En este antiguo cementerio cuyos frescos están considerados como pinturas de capital interés, se extiende un claustro delicioso, de una belleza penetrante y triste, en medio del cual ocultan dos antiguos tilos, bajo su ropaje de verdura, tal cantidad de madera muerta, que producen con los soplos del viento un extraño ruido como de huesos que se chocan.

Pasan los días. El estío toca á su fin. Quiero visitar todavía un país lejano, donde otros hombres han dejado recuerdos más vagos, pero eternos también. Estos son en verdad los únicos que han sabido dotar á su patria de una exposición universal que será visitada durante toda la serie de los siglos.

IV.

SICILIA.

Existe en Francia el convencimiento de que Sicilia es un país salvaje, difícil y aun peligroso de visitar. De cuando en cuando algún viajero que pasa por audaz, se aventura á ir hasta Palermo, y vuel-

ve declarando que es una ciudad muy interesante. Y hé aquí todo. ¿En qué son interesantes Palermo y la Sicilia entera? No se sabe con exactitud entre nosotros. En realidad no hay en ello más que una cuestión de moda. Esta isla, perla del Mediterráneo, no está en el número de las comarcas que suelen recorrerse por ser de buen gusto el conocerlas, que forman parte, como Italia, de la educación de un hombre instruido.

Por dos razones, sin embargo, debiera la Sicilia atraer viajeros, pues sus bellezas naturales y sus bellezas artísticas son tan particularísimas como notables. Sábese cuán fértil es esta tierra, llamada el granero de Italia, que todos los pueblos invadieron y poseyeron unos después de otros; tan violento fué su deseo de poseerla, que hizo batirse y morir á muchos hombres, cual hermosa mujer ardentemente deseada. Es, tanto como España, el país de las naranjas; el aire de su florido suelo es, en primavera, un constante perfume, y ella enciende todas las noches, encima de los mares, el monstruoso fanal del Etna, volcán el más grande de toda la Europa. Pero lo que hace de ella, sobre todo, una tierra indispensable de ver y única en el mundo, es la circunstancia de ser, de un extremo á otro, un museo de arquitectura.

La arquitectura está muerta en este siglo artista todavía, á pesar de todo, pero que parece haber perdido el dón de crear belleza con piedras, el misterioso secreto de la seducción por las líneas, el sentido estético en los monumentos. Parece que no comprendemos, que no sabemos ya que la sola proporción de una pared puede infundir en el espíritu la

misma sensación de alegría artística, la misma emoción secreta y profunda que una obra maestra de Rembrandt, de Velázquez ó de Veronése.

Sicilia ha tenido la dicha de ser poseída sucesivamente por pueblos fecundos, llegados unas veces del Norte y otras del Mediodía, los cuales han cubierto el territorio con obras infinitamente diversas, en que se mezclan, por modo inesperado y encantador, las más contrarias influencias. De aquí ha nacido un arte especial, desconocido en otras partes donde domina la influencia árabe, en medio de los recuerdos griegos y hasta egipcios, donde la severidad del estilo gótico, traído por los normandos, está mitigada por la ciencia admirable de la ornamentación y del decorado bizantinos.

Y es una felicidad deliciosísima el buscar en estos exquisitos monumentos la huella especial de cada arte, el discernir, ora el detalle venido del Egipto, como la ojiva lanceolada que trajeron los árabes, las bóvedas en relieve, ó más bien en pechina, que se parecen á las estalactitas de las grutas marinas, ora el puro adorno bizantino ó los preciosos frisos góticos que despiertan el recuerdo de las elevadas catedrales de los países fríos, en esas iglesias algo bajas, construidas también por príncipes normandos.

Cuando se han visto todos esos monumentos que tienen, aunque perteneciendo á épocas y gérmenes diferentes, idéntico carácter, idéntica naturaleza, puede decirse que no son ni góticos, ni árabes, ni bizantinos, sino sicilianos; puede afirmarse que existe un arte siciliano y un estilo siciliano, siempre fácil de reconocer, y que es seguramente el más en-

30534

cantador, varia lo, coloreado y lleno de imaginación de todos los estilos de arquitectura.

Igualmente se encuentran en Sicilia las nuestras más completas y magníficas de la arquitectura griega antigua, en medio de paisajes incomparablemente hermosos.

La travesía más fácil es la de Nápoles á Palermo. Sorpréndese, uno, al salir del barco, con el movimiento y la alegría de esta gran ciudad de 250,000 habitantes, llena de tiendas y de ruido, menos agitada que Nápoles, aunque tan llena de vida. En primer lugar, detiéndose uno ante la primera *charrette* que se ve. Estas *charrettes*, pequeñas cajas cuadradas sostenidas por ruedas amarillas, están adornadas con pinturas sencillas y raras que representan hechos históricos y particulares, aventuras de todas clases, combates, encuentros de soberanos; pero sobre todo, las batallas de Napoleón I y de las Cruzadas. Una singular hendidura de madera y hierro las sostiene sobre el eje; y los rayos de sus ruedas están trabajados del mismo modo. La bestia que tira de ellas, lleva un penacho sobre la cabeza y otro en medio del lomo, estando enjaezada con un arnés de lindos colores; cada trozo de cuero está adornado con una especie de lana roja y menudos cascabeles. Estos coches pintados pasan por las calles, vistosos y variados; atraen las miradas y la atención, paseándose como jeroglíficos, cuya solución se busca incesantemente.

La forma de Palermo es muy particular. La ciudad, acostada en medio de un vasto circo de montañas desnudas, de un gris azul, matizado á veces de rojo, se halla dividida en cuatro partes por dos gran-

des calles rectas que se cortan en cruz por la mitad. Desde esta encrucijada, se ve por tres lados, la montaña, allá abajo, al fin de aquellos inmensos corredores de casas; y, por el cuarto, se ve la mar, una mancha azul, de un azul claro, que parece estar siempre muy cerca, como si la ciudad hubiese caído dentro de ella.

Un deseo mortificaba mi espíritu en aquel día de llegada. Quise ver la capilla Palatina que, según me habían dicho, era la maravilla de las maravillas.

La capilla Palatina, la más hermosa del mundo, la más sorprendente alhaja religiosa soñada por el pensamiento humano y ejecutada por manos de artista, está encerrada en la pesada construcción del Palacio Real, antigua fortaleza construída por los normandos.

Esta capilla no tiene parte exterior. Entrase en el palacio, donde se admira desde luego, por su elegancia, el patio interior rodeado de columnas. Una hermosa escalera de tramos rectos ofrece una perspectiva de admirable efecto. Frente á la puerta de entrada, otra puerta que horada la pared del palacio y da al campo, abre, de pronto, un horizonte estrecho y profundo, pareciendo arrojar al espíritu en países infinitos y en ensueños ilimitados, por aquel agujero cimbrado que se apodera de la mirada y la arrastra irresistiblemente hacia la cumbre azul del monte, visto allá abajo, muy lejos, muy lejos, encima de una inmensa llanura de naranjos.

Cuando se penetra en la capilla, quédase uno estupefacto, ante una cosa sorprendente cuyo poder se sufre no bien comprendida. La belleza coloreada y tranquila, penetrante é irresistible de esta pequeña

iglesia que es la mejor obra maestra imaginable, os deja inmóviles ante esos muros cubiertos de inmensos mosaicos con fondo de oro, que lucen con una claridad dulce y alumbran el monumento entero arrastrando al punto el pensamiento hacia paisajes bíblicos y divinos, donde se ven, en pie, sobre un cielo de fuego, todos aquellos que tomaron parte en la vida del Hombre Dios.

Lo que hace tan violenta la impresión producida por estos monumentos sicilianos, es que el arte del decorado es más aprehensible á primera vista que el arte de la arquitectura.

La armonía de las líneas y de las proporciones no es más que un marco de la armonía de los matices.

Experimentase al entrar en nuestras catedrales góticas una sensación severa, casi triste. Su grandeza es imponente, su majestad asombra, pero no seduce. Aquí, siéntese uno conquistado, conmovido, por ese algo de casi sensual que añade el color á la belleza de las formas.

Los hombres que concibieron y ejecutaron estas iglesias luminosas y sombrías á un tiempo, tenían ciertamente una idea muy distinta del sentimiento religioso que los arquitectos de las catedrales alemanas ó francesas; y su genio especial se preocupó, ante todo, de hacer entrar el día en esas naves tan maravillosamente adornadas, de modo que no se le sintiera, que no se le viera, que se desligase allí, que rozase solamente las paredes, que produjese efectos misteriosos y encantadores, y que la luz pareciera venir de las paredes mismas, de los inmensos techos de oro poblados de apóstoles.

La capilla Palatina, construída en 1732 por el rey Roger II, al estilo gótico normando, es una pequeña basílica de tres naves, que sólo tiene 33 metros de largo por 13 de ancho; es pues, un juguete, una monería de basílica.

Dos líneas de admirables columnas de mármol, todas de diferente color, conducen bajo la cúpula, desde donde os mira un Cristo colosal, rodeado de ángeles con las alas desplegadas. El mosaico que forma el fondo de la capilla lateral de la izquierda, es un cuadro conmovedor. Representa á San Juan predicando en el desierto. Dijérase que es un Puvís de Chavannes, aunque de más color, más potente, más sencillo, menos rebuscado, construído en tiempos de fe violenta por un artista inspirado. El apóstol está hablando á varias personas. Detrás de él, el desierto; y, en el fondo, algunas montañas azuladas, de esas montañas de líneas dulces y perdidas en una bruma, las cuales son perfectamente conocidas de los que han recorrido el Oriente. Encima del santo, alrededor y detrás de él, un cielo de oro, un verdadero cielo de milagros, donde Dios parece estar presente.

Al volver hacia la puerta de salida detiénesse uno bajo el púlpito, un simple cuadrado de mármol rojo, rodeado por un friso de mármol blanco incrustado de menudos mosaicos y sostenido por cuatro columnas delicadamente trabajadas. Y se maravilla uno de lo que puede hacer el gusto puro de un artista, con tan poca cosa.

Todo el efecto admirable de estas iglesias procede de la mezcla y de la oposición de los mármoles y de los mosaicos. En esto consiste su sello carac-

terístico. Toda la parte baja de las paredes, blanca y adornada únicamente con pequeños dibujos y filos bordados de piedra, hace resaltar poderosamente por su sencilla concepción la riqueza de color de los vastos asuntos que cubren la parte superior.

Pero hasta en estos menudos bordados que se extienden por la pared inferior como encajes de colores, se descubren cosas deliciosas, grandes como la palma de la mano: dos pavos reales, por ejemplo, que, cruzando sus picos, llevan una cruz.

Encuétrase en varias iglesias de Palermo este mismo género de ornamentación. Los mosaicos de la Martorana son tal vez de una ejecución más notable que los de la capilla Palatina, pero no se puede encontrar en ningún monumento el conjunto maravilloso que hace única á esta divina obra maestra.

Vuélvome despacio al hotel de las Palmas, que posee uno de los más hermosos jardines de la ciudad, uno de esos jardines de los países cálidos, llenos de plantas gigantes y raras. Un viajero, sentado en un banco, me cuenta en pocos instantes las aventuras del año, remóntase luego á las historias de años anteriores, y dice en medio de una frase:

—Esto se verificaba cuando Wagner vivía aquí: Yo me admiro:

—¡Cómo! ¿Aquí? ¿En este hotel?

—Sí, aquí escribió las últimas notas de *Parsifal* y corrigió las pruebas.

Y sé que el ilustre maestro alemán pasó en Palermo todo un invierno y que salió de la ciudad po-

cos meses antes de morir. Como en todas partes, demostró aquí su carácter intolerable su orgullo inverosímil, y dejó el recuerdo del más insociable de los hombres.

He querido ver el cuarto que fué ocupado por ese músico genial, porque me parecía que habría impreso en él algo de su personalidad y que yo encontraría algún objeto que hubiese amado el maestro, alguna silla preferida, la mesa en que trabajaba, una huella cualquiera que indicase su paso, la señal de una manía ó el indicio de una costumbre.

No ví más que un hermoso cuarto de hotel. Indicáronme los cambios que él había introducido allí y me enseñaron, precisamente en mitad del cuarto, el sitio del gran diván donde amontonaba los brillantes tapices y bordados de oro que tenía.

Abrí la puerta del armario de luna.

Un delicioso y penetrante aroma se esparció cual la caricia de un brisa que hubiera pasado por un campo de rosales.

El dueño del hotel, que me guiaba, dijo:

—Aquí dentro guardaba su ropa blanca, después de haberla impregnado de esencia de rosas. Este olor no se irá ya nunca.

Yo respiraba el ambiente de flores encerrado en aquel inueble, olvidado allí, cautivo; y me parecía hallar algo de Wagner en aquel soplo que él amaba, algo de él, algo de su deseo, algo de su alma en aquella insignificancia de las costumbres secretas y queridas que constituyen la vida íntima de un hombre.

Luego salí para vagar por la ciudad.

Nadie se parece menos á un napolitano que un siciliano. En el napolitano del pueblo se encuentran siempre tres cuartos de polichinela. Gesticula, se agita, se anima sin causa, se expresa tanto con el ademán como con las palabras; envuelve en mímica cuanto dice, muéstrase siempre amable por interés, gracioso por astucia tanto como por naturaleza, y responde con agradables sutilezas á las palabras desagradables.

Pero en el siciliano se encuentra ya mucho del árabe. Tiene su gravedad de aspecto, aunque toma del italiano una gran viveza de espíritu. Su orgullo nativo, su amor á los títulos, la naturaleza de su orgullo y su fisonomía le hacen parecerse más al español que al italiano. Pero lo que da sin cesar, desde que se pone el pie en Sicilia, la impresión profunda del Oriente, es el timbre de voz, la entonación nasal de los que gritan por las calles. Encuéntrase por todas partes la nota aguda del árabe, esa nota que parece bajar desde la frente á la garganta, mientras que en el Norte sube del pecho á la boca. Y la canción que atrae, monótona y dulce, oída al pasar por la puerta abierta de una casa, es idéntica por el ritmo y el acento á la entonada por el gineté vestido de blanco que guía á los viajeros al través de los grandes espacios desnudos del desierto.

En el teatro, por ejemplo, el siciliano se torna completamente italiano, y es muy curioso para nosotros el asistir en Roma, en Nápoles ó en Palermo á cualquiera representación de ópera.

Todas las impresiones del público estallan ape-

nas sentidas. Nervioso hasta el exceso, dotado de un oído tan delicado como sensible, amante de la música hasta la locura, el público entero tórnase una especie de bestia vibrante que siente y no razona. En cinco minutos aplaude con entusiasmo y silba con frenesí al mismo autor; patalea de alegría ó de cólera, y si de la garganta del cantor se escapa alguna nota falsa, un grito extraño, exasperado, agudísimo, sale de todas las bocas al mismo tiempo. Cuando los pareceres son diversos, mézclanse los silbidos y los aplausos. Nada pasa inadvertido para la sala atenta y vibrante, que muestra en todo momento su modo de sentir, y que, á veces, invadida por una cólera repentina, comienza á dar alaridos como lo haría una colección de fieras.

Carmen apasiona en este momento al pueblo siciliano, y se espera, de la noche á la mañana, oír silbar por las calles el famoso *Torador*.

Las calles en Palermo no tienen nada de particular. Son largas y hermosas en los barrios ricos, y se parecen en los barrios pobres á todas las callejuelas estrechas, tortuosas y coloreadas de las ciudades del Oriente.

Las mujeres, envueltas en harapos de colores brillantes, rojos, azules ó amarillos, hablan á las puertas y os miran pasar con sus negros ojos que brillan bajo el tupido bosque de sus oscuros cabellos.

A las veces, ante el despacho de la lotería oficial que funciona permanentemente como un servicio religioso y produce al Estado pingües rentas, se asiste á una escena graciosa y típica.

Enfrente está la madona en su nicho, enclavada

en la pared, con el farol que brilla á sus pies. Un hombre sale del despacho con su billéte de lotería en la mano, pone un sueldo en el tronco sagrado que abre su boca negra ante la estatua, y se santigua con el papel numerado que acaba de recomendar á la Virgen, apoyando la recomendación en una limosna.

Detiéndose uno de plaza en plaza ante los vendedores de vistas de Sicilia, y la mirada se posa en una extraña fotografía que representa un subterráneo lleno de muertos, de esqueletos ridículamente vestidos. Léese debajo: "Cementerio de los Capuchinos."

¿Qué es eso? Si se dirige esta pregunta á un habitante de Palermo responde con disgusto: "No vaya usted á ver ese horror. Es una cosa espantosa, salvaje, que felizmente no tardará en desaparecer. Además hace ya muchos años que no enterran ahí."

Difícil es obtener noticias más detalladas y precisas; tal horror demuestra la mayor parte de los sicilianos por esas extraordinarias catacumbas.

He aquí, sin embargo, lo que pude saber: La tierra sobre que está construído el cementerio de los Capuchinos posee la singular propiedad de activar tanto la descomposición de la carne muerta, que en un año no queda ya sobre los huesos más que un poco de piel negra, seca, pegada, que conserva á veces los pelos de la barba.

Encierran, pues, los ataudes en pequeños huecos laterales que contienen cada uno ocho ó diez muertos, y concluído el año, abren la caja, de donde sacan la momia, momia espantosa, barbuda, contraf-

da, que parece ahullar, que parece agobiada por horribles dolores. Luego la cuelgan en una de las galerías principales, adonde la familia va á visitarla de vez en cuando. Las gentes que querían ser conservadas por este método lo solicitaban antes de su muerte y permanecían eternamente alineadas bajo aquellas bóvedas sombrías, mediante una retribución anual pagada por los parientes, al modo como se conservan los objetos en los museos. Si los parientes dejaban de pagar, sepultaban sencillamente al difunto como se hace de ordinario.

Quise visitar en seguida esa siniestra colección de cadáveres.

A la puerta de un convento pequeño de aspecto modesto me recibió un capuchino viejo con hábito obscuro y me guió sin decir una palabra, porque sabía perfectamente lo que quieren ver los extranjeros que van á aquel lugar.

Atravesamos una capilla pobre y bajamos despacio una ancha escalera de piedra. De pronto se abrió ante nosotros una inmensa galería, ancha y alta, cuyas paredes sostienen todo un pueblo de esqueletos vestidos de una manera extraña y grotesca. Los unos están colgados en el aire y los otros tendidos sobre cinco tablas de piedra superpuestas desde el suelo hasta el techo. Una línea de muertos está en pie sobre la tierra: una línea compacta, cuyas espantosas cabezas parece que hablan. Unas están róidas por vegetaciones asquerosas que desfiguran más todavía las mandíbulas y los huesos, otras conservan sus cabellos, otras un rastro de bigote y otras un mechón de barba.

Estas miran al espacio con sus ojos vacíos, aqué-

llas los tienen bajos; unas hay que parece se ríen atrozmente, mientras que otras están retorcidas por el dolor, y todas revelan un espanto sobrehumano.

Y están vestidos estos muertos, estos pobres muertos asquerosos y ridículos, por su familia que los ha sacado del ataúd para que formen parte en tan espantosa asamblea. Casi todos tienen una especie de hábito negro, cuyo capuchón está á veces echado sobre la cabeza. Pero los hay mejor vestidos; y el miserable esqueleto, cubierto con un gorro griego bordado, y envuelto en un traje de rico hacendado, tendido sobre la espalda, parece dormir en un sueño terrible y cómico á la vez.

Una tablilla de ciego, colgada del cuello, tiene su nombre y la fecha de su muerte. Estas fechas producen escalofríos, que penetran hasta los huesos. Léese: 1880, 1881 y 1882.

He aquí un hombre, lo que era un hombre hace ocho años. Aquello vivía, ría, hablaba, comía, bebía, estaba lleno de alegría y de esperanza. ¡Y vélo ahora! Ante esta doble línea de seres incalificables, están amontonados ataúdes y cajas, lujosos ataúdes de madera negra, con adornos de cobre y tragaluces de vidrio, para que se vea el interior. Dijérase que son maletas; maletas de salvajes, compradas en algún bazar por los que se preparan al gran viaje, como se habría dicho en otro tiempo.

Pero otras galerías se abren á derecha é izquierda, prolongando indefinidamente este inmenso cementerio subterráneo.

Y he aquí á las mujeres más grotescas aún que los hombres, porque se las ha adornado con coquetería. Las cabezas os miran encerradas en gorros

con encajes y cintas de nivea blancura, colocados alrededor de aquellos rostros negros, podridos, roídos por la extraña labor de la tierra.

Las manos, semejantes á raíces de árboles cortadas, salen de las mangas del vestido nuevo, y las medias, que contienen los huesos de las piernas, parecen estar vacías. A veces, el muerto no lleva más que zapatos; zapatos enormes para aquellos pobres pies secos.

He aquí también á las jóvenes, á las asquerosas jóvenes, con sus alornos blancos, sustentando alrededor de la frente una corona de metal, símbolo de la inocencia. Parecen viejas, ¡tan espantosas con sus gestos! Tienen dieciséis, dieciocho y veinte años. ¡Qué horror!

Pero llegamos á una galería llena de pequeños ataúdes de cristal: son los niños. Los huesos, apenas endurecidos, no han podido resistir. Y no se sabe bien lo que se ve. Tan informes están, aplastados y horribles los miserables muchachos. Pero las lágrimas asoman á vuestros ojos, porque las madres los han vestido con los trajecitos que llevaban en los últimos días de su vida. ¡Y ellas vienen á verlos así, á sus hijos!

A menudo, junto al cadáver, hay colgada una fotografía que le presenta tal cual era; y nada es más conmovedor, más terrible que este contraste, que este paralelo, que las ideas despertadas en nosotros por semejante comparación.

Atravesamos una galería más sombría, más baja, que parece estar reservada para los pobres. En un negro rincón hay unos veinte juntos, colgados debajo de un tragaluz, que les arroja el aire del ex-

terior á grandes bocanadas. Están vestidos con una especie de tela negra, atada á los pies y al cuello, y tendidos unos sobre otros. Parece que tiritan, que quieren escapar, que piden socorro. Cualquiera creería que constituyen la tripulación ahogada de algún navío, azotada todavía por el viento, envuelta en la tela oscura y embreada que llevan los marineros en las tempestades, y sacudida aún por el terror del último instante, cuando la mar se apoderó de ella.

He aquí además el lugar de los sacerdotes. ¡Una gran galería de honor! A primera vista, parecen más terribles que los otros, cubiertos con sus ornamentos sagrados, negros, rojos y de color de violeta. Pero mirándolos uno después de otro, una risa nerviosa é irresistible se apodera de vosotros, ante sus actitudes extrañas y verdaderamente cómicas. He aquí que cantan; he aquí que rezan. Se les ha levantado la cabeza y cruzado las manos. Tienen cubierta la cabeza con el bonete, que colocado en la descarnada frente, tan pronto se inclina hacia la oreja, de un modo grotesco, como sobre las narices. Aquello es el carnaval de la muerte, que torna más ridícula la riqueza de los trajes sacerdotales.

De vez en cuando, al parecer, rueda una cabeza por el suelo, porque las cintas del cuello han sido roídas por los ratones. Millares de ratones viven en aquella carnicería humana.

Me enseñaron un hombre muerto en 1882. Algunos meses antes, alegre y sano, había venido á elegir su puesto, acompañado de un amigo:—Aquí estaré yo—decía riéndose.

El amigo vuelve solo ahora y mira durante ho-

ras enteras el inmóvil esqueleto, de pie en el lugar indicado.

En ciertos días de fiesta, las catacumbas de los capuchinos están abiertas al público. Un borracho se durmió en aquel sitio y despertó á media noche. Llamó, gritó lleno de espanto, corrió por todas partes tratando de huir. Pero nadie le oyó. Encontráronle á la mañana siguiente agarrado de tal modo á la verja de entrada, que se necesitaron grandes esfuerzos para desasirle.

Estaba loco.

Desde aquel día, han colgado una enorme campana junto á la puerta.

Después de esta siniestra visita, sentí deseo de ver flores y me hice llevar á la quinta Tascá, cuyos jardines, situados en medio de un bosque de naranjos, están llenos de admirables plantas tropicales.

Al volver hacia Palermo, ví á mi izquierda una pequeña ciudad en medio de un monte, y, sobre la cumbre de éste, una ruina. Esta ciudad es Monreale, y esta ruina Castellaccio, el último refugio donde se ocultaron los últimos bandidos sicilianos, según me han dicho.

El poeta Theodore de Banville ha escrito un tratado de prosodia francesa, que deberían saber de memoria todos los que tuvieran la pretensión de hacer rimar dos palabras juntas. Uno de los capítulos de este excelente libro se titula: *De las licencias poéticas*; al volver la página se lee:

—No existen.

Así, cuando se llega á Sicilia, pregúntase tan pronto con curiosidad como con inquietud:—¿Dón-

de están los bandidos?—y todo el mundo os contesta:

—No existen.

No existen ya, en efecto, hace cinco ó seis años. Gracias á la complicidad oculta de varios propietarios cuyos intereses solían servir ellos, han podido mantenerse en las montañas de Sicilia hasta la llegada del general Palavicini, que manda todavía en Palermo. Pero este oficial los ha perseguido y tratado con tanta energía que los últimos han desaparecido en poco tiempo.

Hay á menudo, es verdad, ataques á mano armada y asesinatos en este país; pero son crímenes comunes, que provienen de malhechores aislados y no de partidas organizadas como en otro tiempo.

En suma, Sicilia es tan segura para el viajero como Inglaterra, Francia, Alemania ó Italia; y los que desean aventuras á lo Fra Diavolo deben ir á buscarlas á otra parte.

En realidad, el hombre está casi seguro en todas partes menos en las grandes ciudades. Si se contarán los viajeros detenidos y despojados por los bandidos en las comarcas salvajes, los asesinados por las tribus errantes del desierto, y se compararan los accidentes ocurridos en los países reputados como peligrosos, con los que han acaecido, en un mes, en Londres, en París, en Nueva York, se vería cuán inocentes son las regiones temidas.

Moralidad: si investigáis las puñaladas y las prisiones, id á París y á Londres, pero no á Sicilia. Se puede en este país recorrer las calles de día y de noche sin escolta ni armas; no se encuentran más que gentes llenas de benevolencia para el extranje-

ro, á excepción de ciertos empleados de correos y telégrafos. Digo esto únicamente por los de Catania.

Una de las montañas que dominan á Palermo sostiene en mitad de su altura una pequeña ciudad célebre por sus monumentos antiguos: Monreale. En los alrededores de esta ciudad, andaban en operaciones los últimos malhechores de la isla. Se ha conservado la costumbre de colocar centinelas á lo largo del camino que conduce allí. ¿Se quiere, con eso, tranquilizar á los viajeros, ó asustarlos? Lo ignoro.

Los soldados, espantados por las revueltas del camino, han en pensar en la legendaria centinela del ministerio de la Guerra en Francia. Hace diez años, sin que se supiera por qué, se colocaba cada día un soldado de centinela en el corredor que conducía al departamento del ministro, con orden de alejar de la pared á los que pasaban. Ahora bien, un nuevo ministro, de espíritu inquisidor, sucesor de otros cincuenta que habían pasado sin asombro delante de la guardia, preguntó la causa de esta vigilancia.

Nadie pudo decirselo, ni el jefe del gabinete, ni los jefes de las oficinas pegados á sus butacas durante medio siglo. Pero un ujier, hombre de recuerdo, que escribía tal vez sus memorias, se acordó de que habían puesto allí soldados en otro tiempo, porque acababan de pintar la pared y la mujer del ministro se había manchado el traje. La pintura se había secado, pero el centinela permanecía.

Así han desaparecido los bandidos, pero la guardia permanece en el camino de Monreale. Este ca-

mino da vuelta á la montaña, llegando á la ciudad, muy original, muy coloreada y muy sucia. Las calles, en forma de escalera, parecen estar empedradas con puntiagudos dientes. Los hombres llevan la cabeza envuelta en un pañuelo rojo como en España (1).

La catedral es un gran monumento de más de cien metros de largo, en forma de cruz latina con tres ábsides y tres naves, separados por dieciocho columnas de granito oriental, que se apoyan en una base de mármol blanco y en un zócalo cuadrado de mármol gris. El portal, verdaderamente admirable, tiene magníficas puertas de bronce, construídas por *Bonannus, civis Pisanus*.

El interior de este monumento es de lo más completo que puede verse, de lo más rico y sorprendente, como decorado de mosaico en fondo de oro.

Estos mosaicos, los más grandes de Sicilia, cubren por completo las paredes en una superficie de seis mil cuatrocientos metros. Imagínense estos inmensos y soberbios adornos, representando en toda la iglesia la historia fabulosa del Antiguo Testamento, del Mesías y de los Apóstoles. Sobre el cielo de oro, que abre alrededor de las naves un horizonte fantástico, se ven destacarse, más grandes que de tamaño natural, á los profetas que anuncian á Cristo, y á los que vivieron en torno de él.

En el fondo del coro, una inmensa figura de Jesús, que se parece á Francisco I, domina toda la

(1) Nota del Traductor. Ya se ve que el autor conoce poco el modo de vestir los hombres en España, cuando hace semejante afirmación, tan absoluta.

iglesia, pareciendo llenarla y abrumarla; tan enorme y poderosa es esta extraña imagen.

Es de sentir que el techo, destruído por un incendio, haya sido retocado tan torpemente. El tono chillón de los dorados y de los colores, demasiado vivos, es de lo más desagradable para la vista.

Muy cerca de la catedral, se entra en el antiguo claustro de los Benedictinos.

Que los que gustan de los claustros vayan á pasearse á este y olvidarán casi todos los que hayan visto antes.

¿Cómo no adorar los claustros, esos lugares tranquilos, cerrados y frescos, inventados, según parece, para hacer brotar el pensamiento, que corre por los labios profundo y claro, mientras se camina despacio bajo las interminables arcadas melancólicas?

¿Cuán bien creadas parecen, para engendrar la ilusión, esas calles de piedra, esas calles de menudas columnas que encierran un jardincito, el cual hace descansar la vista sin extraviarla, sin arrastrarla, sin distraerla!

Pero los claustros de nuestros países tienen á veces una severidad demasiado monacal, demasiado triste; hasta los más bellos, como el de San Wandrille, en Normandía, encogen el corazón y entristecen el alma.

Que se vaya á visitar el claustro de la cartuja de la Verne, en las salvajes montañas de los moros. Da frío hasta en los huesos.

Al contrario, el maravilloso claustro de Monreale produce en el alma una sensación tal de bienestar, que se desearía permanecer allí indefinidamente. Es grande, enteramente cuadrado, de una ele-

gancia delicada y linda, y quien no le ha visto, no puede adivinar lo que es la armonía de una columnata. La exquisita proporción, la increíble esbeltez de todas estas ligeras columnas pareadas y diferentes, revestidas de mosaicos las unas, desnudas las otras; éstas cubiertas de esculturas de incomparable delicadeza, aquéllas adornadas con un sencillo dibujo de piedra que sube alrededor enroscándose como una planta, maravillan la mirada, la cautivan, la encadenan y engendran esa alegría artística que las cosas de gusto hacen penetrar en el alma por los ojos.

Lo mismo que todas esas parejas de columnitas, los capiteles, de precioso trabajo, son diferentes. Y asómbrase uno al mismo tiempo, cosa rara, del admirable efecto, del conjunto y de la perfección de los detalles.

No se puede mirar esa obra maestra de graciosa belleza sin pensar en los versos de Víctor Hugo sobre el artista griego que supo poner:

Algo hermoso como una sonrisa humana

En el perfil de los propyleos.

Este delicioso lugar está encerrado entre elevadas paredes muy viejas, con arcadas ojivales; esto es todo lo que hoy queda del convento.

Sicilia es la patria, la verdadera y única patria de las columnatas. Todos los patios interiores de los antiguos palacios y casas de Palermo las tienen admirables; columnas que serían célebres en cualquiera otra parte fuera de esta isla, tan rica en monumentos.

El pequeño claustro de la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, una de las más antiguas iglesias

normandas de carácter oriental, aunque menos notable que el de Monreale, es todavía muy superior á cuanto yo conozco en este género.

Al salir del convento se penetra en el jardín, desde donde se domina todo el valle cuajado de floridos naranjos. Un ambiente continuo sube del embalsamado bosque, un soplo que embriaga al alma y turba los sentidos. El indeciso y poético deseo que persigue siempre al alma humana, que no la deja un punto, enloquecedor é inapreciable, parece estar á punto de realizarse. Este olor, al envolvernos de repente, mezclando la delicada sensación de los perfumes con el gozo artístico del espíritu, os mece durante algunos segundos en un bienestar de pensamiento y de cuerpo que es casi la felicidad.

Levanto los ojos hacia la alta montaña que domina la ciudad y veo en la cumbre la ruina que había visto la víspera. Un amigo que me acompaña pregunta á los habitantes, los que nos contestan que aquel viejo castillo fué, en efecto, el último refugio de los bandidos sicilianos. Aún hoy casi nadie sube á esa antigua fortaleza denominada Castellaccio. Ni siquiera se conoce bien el sendero, porque está sobre una cima poco asequible. Queremos ir allí. Un palermitano que nos hace los honores de su país, se obstina en darnos un guía, y no pudiendo hallar uno que le parezca seguro del camino, se dirige sin advertirnoslo al jefe de policía.

Y pronto un agente, cuya profesión ignoramos, comienza á subir con nosotros la montaña.

Pero él también duda y se junta á otro en el camino; nuevo guía que conducirá al primero. Luego piden ambos señas á los aldeanos que nos encon-

tramos y á las mujeres que pasan arreando á un burro que camina delante de ellas. Un cura aconseja al fin que sigamos derechos. Y nosotros subimos delante de nuestros guías.

El camino se torna casi impracticable. Hay que escalar rocas y elevarse á fuerza de puños, lo cual dura mucho tiempo. Un sol ardoroso, sol de Oriente, cae á plomo sobre nuestras cabezas.

Al cabo logramos nuestro deseo en medio de un sorprendente y soberbio caos de piedras enormes que salen del suelo, grises, redondas ó puntiagudas, y aprisionan el salvaje y estropeado castillo en un extraño ejército de rocas que se extienden á lo lejos, por todas partes, alrededor de las paredes.

La vista de esta cumbre es de las más conmovedoras que puede uno encontrarse. En torno del erizado monte se abren profundos valles que encierran otros montes, alargando hacia Sicilia un horizonte infinito de picos y de cimas. Enfrente de nosotros, la mar; á nuestros pies, Palermo. La ciudad está rodeada por ese bosque de naranjos que se llama la Cuenca del oro, y aquel bosque de verdura negra se extiende como una mancha sombría al pie de las montañas grises, de las montañas rojas, que parecen estar quemadas, bruñidas y doradas por el sol; tan desnudas y coloreadas se muestran.

Uno de nuestros guías ha desaparecido. El otro nos sigue por las ruinas. Estas son muy vastas y ofrecen un hermoso aspecto salvaje. Compréndese al penetrar allí que nadie las visita. Por todas partes cruje el suelo bajo los zapatos; de trecho en trecho se ven las entradas de los subterráneos. El

hombre los examina con curiosidad y nos dice que muchos bandidos han vivido allí dentro hace algunos años. Aquel era su mejor refugio y el más temido. Cuando quisimos volver á bajar, se presentó el primer guía; pero nosotros rehusamos sus servicios, y descubrimos sin trabajo un sendero muy asequible que podría ser recorrido hasta por mujeres.

Los sicilianos parecen haberse complacido en aumentar y multiplicar las historias de bandidos para asustar á los extranjeros; y aún hoy se duda de entrar en esta isla tan tranquila como Suiza.

Véase la siguiente aventura, una de las últimas relativas á los malhechores. Yo garantizo su veracidad.

Un entomologista muy distinguido de Palermo, el señor Ragusa, había descubierto cierto coleóptero, que durante mucho tiempo fué confundido con el *Polyphylla Olivieri*. Poco después, un sabio alemán, el señor Kraaty, reconociendo que pertenecía á una especie muy diferente, quiso poseer algunos ejemplares y escribió á uno de sus amigos de Sicilia, al señor de Stephani, el cual se dirigió á su vez á D. José Miraglia, suplicándole que le cogiera alguno de esos insectos. Pero los insectos habían desaparecido de la costa. Precisamente entonces el señor Lombardo Martorana, de Trapani, anunció al señor de Stephani que acababa de coger más de cincuenta *polyphylla*.

El señor de Stephani se apresuró á advertírselo al señor Miraglia, mediante la carta siguiente:

“Mi querido José:

El *Polyphylla Olivieri*, que ha tenido conoci-

miento de tus intenciones mortíferas, ha tomado otro camino, yendo á refugiarse á la costa de Trapani, donde mi amigo Lombardo ha capturado ya más de cincuenta individuos.”

Aquí toma la aventura un aspecto tragi-cómico, de inverosimilitud épica.

A la sazón, los alrededores de Trapani eran recorridos, según parece, por un bandido llamado Lombardo.

Ahora bien: el señor Miraglia echó al cesto la carta de su amigo. El criado vació el cesto en la calle, donde el trapero recogió lo que había y se lo llevó á la llanura. Viendo en el campo cierto aldeano un hermoso papel azul, apenas arrugado, lo recogió y se lo guardó en el bolsillo por precaución ó por necesidad instintiva de lucro.

Transcurrieron algunos meses; y habiendo sido llamado este hombre á la cuestura, dejó caer al suelo la carta. Cogióla un gendarme y la presentó al juez, el cual se fijó en las palabras: *intenciones mortíferas, tomado otro camino, refugiarse, cogido, Lombardo*. El aldeano fué preso, interrogado é incomunicado. No confesó nada y se instruyó un grave proceso. Los magistrados publicaron la carta sospechosa; pero como habían leído “Petrone Olivieri” en vez de “Polyphilla,” permanecieron callados los etimologistas.

Al cabo se descifró la firma del señor de Stephani, el cual fué llamado al tribunal. No fueron admitidas sus explicaciones. El señor Miraglia, citado á su vez, acabó por aclarar el misterio.

El aldeano había estado tres meses preso.

Uno de los últimos bandidos sicilianos fué, pues,

en verdad, una especie de saltón, conocido de los hombres de ciencia por el nombre de *Polyphilla Ragusa*.

Nada menos peligroso hoy que recorrer esta Sicilia tan temida, ora en coche, ora á caballo, ora andando. Todas las excursiones más interesantes pueden realizarse casi por completo en coche. La primera que debe hacerse es la del templo de Ségeste.

Tantos poetas han cantado á Grecia que todos nosotros conservamos su imagen, todos creemos conocerla un poco, y cada cual la ve en sueños como la desea.

Para mí, Sicilia ha realizado este ensueño; ella me ha mostrado á la Grecia, y cuando pienso en esta tierra tan artista, antójase me que veo montañas de líneas dulces, de líneas clásicas, y sobre las cumbres, templos, esos templos severos, algo pesados quizás, pero admirablemente majestuosos, que aparecen por todas partes en esta isla.

Todo el mundo ha visto á Pastun y admirado las tres soberbias ruinas caídas en aquella llanura desnuda, que la mar prolonga á lo lejos y que está encerrada, al otro lado, en un ancho círculo de azuladas montañas. Pero si el templo de Neptuno se conserva mejor y es más puro [así dicen] que los templos de Sicilia, hállanse éstos colocados en paisajes tan maravillosos, tan sorprendentes, que nada en el mundo puede hacer imaginar la impresión que dejan en el ánimo.

Cuando se sale de Palermo, encuéntrase primeramente el vasto bosque de naranjos, llamado la Cuenca del Oro; luego, el camino de hierro sigue